

— ¡No sabe usted la alegría que me da con la promesa!

— Cuando te digo, Nieves, que hasta lo de Caparrotá se compuso... y mira, mira, hasta lo de nuestro desayuno que empezaba á darme mucho en qué pensar por su tardanza. Ya está aquí... Gracias, señora Catana: bien sé que la culpa no es suya ni de la cocinera, sino de nuestro madrugón, inesperado en la cocina... ¡Ea! don Claudio, adentro con eso... No tienen mala traza esos bollos. Hombre, ¿qué tal se anda aquí de pan?

— Bastante bien, como de carne y de leche... y de confituras.

— Pues estamos como queremos... Si te digo, Nieves, que esto de Peleches es Jauja...

— Vamos á ver, señor don Alejandro, y antes que se me olvide: yo, metiéndome quizá más adentro de lo que debiera, á una pregunta que me hicieron ayer ciertas parientas de usted, me permití responder afirmativamente.

— Si no se explica usted más...

— Voy á ello: la hija, que cuando habla

de usted con sus amigas, le llama «mi tío Alejandro» y de Nieves «mi prima Nieves»...

— ¡Demonio!

— Y ¿quiénes son esas parientas, papá?

— Pues una hermana y su hija del marido de tu tía Lucrecia.

— No veo el parentesco.

— Ni yo tampoco... ni ellas mismas le verán, porque no existe; pero desean aparentarle. Buen provecho les haga, ¿no es verdad?

— Se me olvidó ese detalle en mi carta, y ahora le recuerdo. La madre no llega á tanto. Se queda en «mis parientes de Sevilla» ó «los parientes de Peleches».

— Bien ¿y qué?

— Aguarde usted un poco... ¡canario, qué ricamente está hecho este café!

— Como obra de las manos de Catana, que no tienen igual para eso. También está rica la mantequilla...

— Esa es de primera aquí: recuerden lo que les dije de la leche. Pues á lo que íbamos. Rufita, que es la hija, la hija de doña Zoila Mostrencos, hermana carnal de don

Cesáreo, esposo de doña Lucrecia; Rufita, digo, la supuesta prima de Nieves y sobrina, por consiguiente, de usted, me paró ayer en la calle yendo con su madre y me dijo: «supongo, don Claudio, que esos señores no nos tirarán con algo si vamos á visitarlos en cuanto lleguen... porque pensamos visitarlos. Ya ve usted: un parentesco tan próximo y tan conocido en Villavieja... y estando ellos tan en armonía con los de Méjico, parecería mal que nosotros no los fuéramos á ver». Esto dijo Rufita.

— Y usted ¿qué la contestó?

— Que no las tirarían ustedes con nada: al contrario, que las recibirían muy bien...

— Perfectamente respondido... ¿Por qué te ríes, Nieves?

— ¡Por qué me he de reír, papá? Por la pregunta de Rufita. ¿Se ha oído cosa más graciosa? ¿Por quién nos tomarán esas señoras?

— No le choque á usted, Nieves: es estilo muy corriente ese por acá.

— Y ¿cuándo piensan venir?

— Pues cuéntelas usted aquí á la hora

menos pensada: de seguro antes de comer hoy.

— ¿Tan pronto?

— Y no serán ellas solas... Es el estilo también.

— De manera que también aquí hay que hacer visitas?

— ¡Uff! No se hace otra cosa.

— ¡Ay, Dios mío!

— ¡Bah! no te apure eso...

— ¡No faltaba más! Mire usted, para que le vaya sirviendo de gobierno: vendrán seguramente esta mañana misma, las parientas esas, y acaso, acaso, las de Garduño, es decir, las Escribanas, y Codillo con sus hijas; tal vez se atrevan las de Martínez Liendres, las Corvejonas: creo que se atreverán, lo mismo que las Indianas. A éstas las doy por infalibles en todo el día de hoy; y á otras por el estilo, mañana ó pasado. Todas ellas, fingiendo cumplir un deber de cortesía con ustedes al visitarlos, se agarran á esa ocasión para darse pisto entre las gentes de la villa y meterles á ustedes sus trapitos por los ojos... Cuando concluya esta tanda, empezará la de las otras, el *Faubourg*

Saint-Germain de aquí, «nuestra vieja aristocracia», como si dijéramos, los Carreños de abajo y los Vélez de arriba, que es ya lo único que nos queda de esa clase, y bastante averiado por cierto. Se da por entendido que no han de faltar ni el juez, ni el clero en masa, ni el médico viejo, ni otros personajes más ó menos pesados de palabra, más ó menos sinceros de intención.

— Pero, don Claudio, por el amor de Dios, ¡eso va á ser el acabóse!

— ¿Por qué?

— ¡Adónde vamos á parar con tanta visita? Todo el verano hace falta para recibirlas y pagarlas...

— Para ellos estaba ¡canástoles!

— Ya la he dicho á usted que no se apure por eso. En poco más de tres días les han de visitar á ustedes cuantas personas piensan visitarlos aquí. El ritual de este gran mundo no admite más largo plazo: se tomaría la visita á menosprecio. Pues bien, en otros tres ó cuatro días pagan ustedes las deudas, y al sol. Para venir á verlos á Peleches, traerá encima cada cual el fondo del cofre, sobre todo las mujeres; pero

este detalle no la obliga á usted á la recíproca, aunque para obligarla le usen ellas. Usted se viste como mejor le parezca; y le doy este consejo, porque la misma cuenta le ha de salir de un modo que de otro: al cabo la han de morder.

— ¡A mí?... Y ¿por qué, señor don Claudio?

— Porque también eso es de estilo aquí.

— ¡Pues me gusta!

— Y es usted recién venida, y el objeto de la pública curiosidad, y sevillana, y rica, y una Bermúdez del solar de Peleches, y sobre todo... ¡canario! ¿por qué no ha de decirse? guapa; pero ¡muy guapa!

— A que al fin me la va usted á echar á perder, canástoles? Por de pronto, ya me la puso usted colorada... ¡Semejante soldadote!

— Me dolería haberla molestado con este rasgo de franqueza, y la suplico que me perdone, si he tenido esa desgracia; pero conste que no rebajo una tilde de lo dicho, porque yo no falto á la verdad por ningún respeto humano. A lo que íbamos, Nieves: hasta es posible que algunas de las visitas

que reciba la diviertan á usted; pero diviértase con ellas ó no, usted, el señor don Alejandro, y yo si les sirvo de alguna cosa, continuaremos trazando planes para hacer usted aquí la vida á su gusto, y hasta poniendo en planta la parte de ellos que no estorbe á la etiqueta obligada en estos tres ó cuatro primeros días... Otra cosa y para gobierno de ustedes: en Villavieja se come á la española neta, de doce á una, y se cena de nueve á diez... Y á propósito de estos particulares: mi condición de viudo con casa abierta, me ha hecho entender un poco en los prosaicos menesteres de la vida. Desearía haberlo demostrado á satisfacción de ustedes en el abasto provisional que hice para su cocina y despensa. Puedo jurarles que puse en ello los cinco sentidos.

— Todo está en su punto, señor don Claudio, y nada falta ni sobra... ¡Para declararlo Catana como lo declaró anoche al tomar posesión de sus dominios!... De dos artículos de ello muy importantes, la manteca y el café, no hay que hablar, porque están á la vista las muestras, y ya hemos convenido en que son excelentes...

— Lo celebro de todo corazón, porque tengo un poquillo de vanidad en ser competente en ese delicado capítulo de la vida doméstica... Respecto á lo demás de la casa...

— Ya le hemos dicho á usted que tampoco tiene pero.

— No lo he olvidado, pero no voy á tratar de eso precisamente, sino de algo que no ha podido hacerse por falta de tiempo, y se podría hacer ahora más despacio y enteramente á su gusto. De esto y otras cosas parecidas quisiera yo hablar con usted cuanto antes.

— ¡Qué canástoles, hombre! ¿Tan urgente es el caso?

— Urgente, así en absoluto, no señor...

— Pues entonces ¡qué demonio! empleemos la sobremesa en puntos de más enjundia... Déme usted alguna noticia más de las gentes de nuestro tiempo. Verbigracia, del famoso boticario...

— Yo, con permiso de ustedes, los voy á dejar. Eso de las visitas me tiene con cuidado, y temo que me falte tiempo para arreglarme.

- Pues adiós, hija mía.
 — Buen provecho, y hasta luego.
 — A los pies de usted, Nieves.
 — ¡Ea! ya está usted empezando.
 — ¿Por dónde?
 — Por donde usted guste ó más rabia le dé.
 — ¿Se permite murmurar, ahora que estamos solos?
 — ¿De quién, hombre malévolo?
 — Del primero que salte en la conversación.
 — ¡Como si supiera hacer otra cosa el inocente!
 — Gracias por la lisonja.
 — Es justicia, créalo usted... Pero ¿y si el que salte en la conversación no da motivos?
 — Aquí todos le dan, poco ó mucho, en diferentes sentidos.
 — ¿Hasta el pobre boticario?
 — Ese es hombre aparte, no solamente en Villavieja, sino en todo el mundo sublunar.
 — En fin, allá usted, que yo lavo mis manos...

- Pero no le disgusta el tema...
 — Hombre, yo no he dicho...
 — Las cosas claras, don Alejandro...
 — ¡Canástoles! pues ¿qué más claras las he de poner?... Venga de eso, ó de lo que



mejor le cuadre... y á ver qué le parecen estas regalías para fumigar la conversación.

- La vitola es de primera.
 — Pues á prender fuego á ese ejemplar...
 Ahí va la cerilla.

— Gracias, señor don Alejandro.

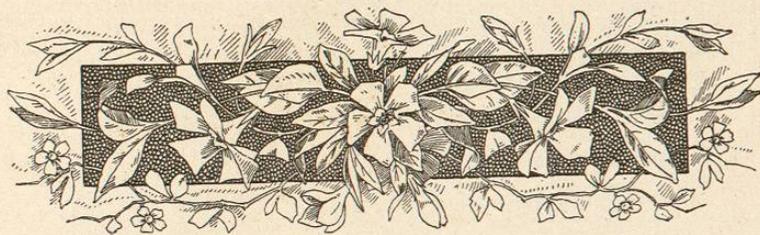
— Aguarde usted un poco. ¿No le sabría mejor el tabaco mojando la punta en ron, pongo por caso, ó en coñac?

— Es posible, ó en un chapurradito de los dos. No había dado yo en ello, ¡vea usted!

— ¿Sabe usted si lo hay en casa?

— Respondo de que vino á ella un buen surtido de esa clase de menesteres.

— ¡Catana! ¡Catana!... ¡El ron y el coñac... y unas copitas con ello!



VII

VISITAS

Lo anunciado á este propósito por don Claudio Fuertes y León en casa de don Alejandro Bermúdez, se cumplió casi al pie de la letra. A las once de la mañana, precisamente en el instante en que esa hora sonaba en la torre de la Colegiata, se sentaban en el estrado de Peleches, Rufita González y su madre, las «parientas» de la casa, con